



NIETZSCHE

HUMANO
DEMASIADO
HUMANO

B3313

.H82

S6

H. G.



1020024801



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

HUMANO, DEMASIADO HUMANO

OBRAS DE FILOSOFIA PUBLICADAS

por la ESPAÑA MODERNA, que se hallan de venta en su Administración, Cuesta Santo Domingo, 16, Madrid.

- AMIEL.—Diario íntimo, 9 pesetas.
CARO.—El pesimismo en el siglo XIX, 3 pesetas.—El suicidio y la civilización 3 pesetas.—Littré y el positivismo, 3 pesetas.—El derecho y la fuerza 3 pesetas.
COLLINS.—Resumen de la filosofía de Spencer, 2 tomos, 15 pesetas.
EMERSON.—La ley de la vida, 5 pesetas.—Hombres simbólicos 4 pesetas.
FICHTE.—Discursos á la nación alemana, sobre regeneración y educación de la Alemania moderna, 5 pesetas.
FOUILLÉE.—Historia de la Filosofía, 2 tomos, 12 pesetas.
GUYAU.—La moral inglesa contemporánea, ó Moral de la utilidad y de la evolución 12 pesetas.
HEINE.—Alemania, 6 pesetas.
LUBBOCK.—El Empleo de la vida, 3 pesetas.—La vida dichosa 3 pesetas.
NIETZSCHE.—Así hablaba Zaratustra 7 pesetas.—Más allá del bien y del mal, 5 pesetas.—La Genealogía de la moral, 4 pesetas.—Humano, demasiado humano, 6 pesetas.
SCHOPENHAUER.—Fundamento de la moral, 5 pesetas.—El Mundo como voluntad y como representación, 12 pesetas.—Estudios escogidos 3 pesetas.
SPENCER.—Los datos de la Sociología, 2 tomos, 12 pesetas.—Las inducciones de la Sociología y Las instituciones domésticas, 9 pesetas.—Las instituciones sociales, 7 pesetas.—Las instituciones políticas, 2 tomos, 12 pesetas.—Las instituciones eclesiásticas, 6 pesetas.—Las instituciones profesionales 4 pesetas.—Las instituciones Industriales.—La moral de los diversos pueblos y La moral personal, 7 pesetas.—La justicia, 7 pesetas.—La beneficencia 6 pesetas.—El Organismo social, 7 pesetas.—El Progreso, 7 pesetas.—Exceso de legislación, 7 pesetas.—De las leyes en general, 8 pesetas.—Ética de las prisiones 10 pesetas.
STAHL.—Historia de la Filosofía del Derecho, 12 pesetas.
TAINÉ.—Filosofía del Arte, 3 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.

Obras de Taine publicadas por LA ESPAÑA MODERNA

Historia de la literatura inglesa: Los orígenes, 7 pesetas.—El Renacimiento, 7 pesetas.—La Edad Clásica, 6 pesetas.—La Edad Moderna, 7 pesetas.—Los contemporáneos 7 pesetas.—La Inglaterra, 7 pesetas.—La Pintura en los Países Bajos, 3 pesetas.—Mián 3 pesetas.—Nápoles 3 pesetas.—Florencia, 3 pesetas.—Notas sobre París, 6 pesetas.—El Arte en Grecia, 3 pesetas.—El ideal en el Arte 3 pesetas.—Filosofía del Arte 3 pesetas.—Roma (tomo I), 3 pesetas.—Roma (tomo II), 3 pesetas.—Los orígenes de la Francia contemporánea, 10 pesetas.—Venecia, 3 pesetas.

BIBLIOTECA DE JURISPRUDENCIA, FILOSOFÍA É HISTORIA

HUMANO, DEMASIADO HUMANO

(Libro dedicado á los espíritus libres)

POR

FEDERICO NIETZSCHE

MADRID
LA ESPAÑA MODERNA
Cuesta Sto. Domingo, 16.

099872

37392



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

INTRODUCCION

1. Muy á menudo se me ha declarado, y siempre con profunda sorpresa, que habia algo de común y de característico en todas mis obras, desde *El Nacimiento de la tragedia*, hasta mi última publicada, *Preludios para una filosofía del porvenir*; se me ha dicho que todas contenían redes y lazos para atrapar pajarillos inocentes ó imprudentes, y por lo común, una especie de provocación al derrumbamiento de todos los hábitos y de todo lo que habitualmente se estima. ¿Cómo? *TODO no será sino humano, demasiado humano?* Tal era la exclamación, que según se dice, arrancaban mis obras al dejar su lectura, no sin cierto sentimiento de horror y de desconfianza, aun en lo que se relaciona con la moral; más aún, con buena disposición y deseo de hacerse alguna vez defensor de las peores cosas, como si por acaso no fueran sino las más calumniadas. Se ha llamado á mis libros escuela de sospecha, más todavía, de desprecio, aunque por fortuna se les ha llamado también de valor rayano en temeridad.

En efecto; no creo, y lo declaro, que nadie haya considerado el mundo con mayor sospecha que yo, y no solamente como abogado del diablo, sino también,

empleando el lenguaje teológico, como enemigo y partidario de Dios; y el que sepa adivinar algo de las consecuencias que entraña toda sospecha profunda, algo de las sensaciones de fiebre y de miedo y de las angustias de soledad, á las cuales condena á aquel que está afligido toda absoluta *diferencia de miras*, comprenderá también cuánto tengo que hacer á menudo para descansar de mí mismo, casi para olvidarme de mi propio yo, buscando refugio en cualquier sitio, en cualquiera parte, llámese hostilidad ó ciencia, frivolidad ó tontería; porque también cuando no encontraba *lo que necesitaba*, he debido procurármelo por artificio, falsificación ó invención. ¿Han procedido de otro modo los poetas? ¿Ha sido distinta la manera de crear el arte en el mundo? Pues bien; *lo que yo necesitaba* siempre y con mayor exigencia cada día para mi curación y restablecimiento, era adquirir la creencia de que *no estaba solo* en el existir así, en ver desde ese prisma mágico un presentimiento de afinidad y semejanza de percepción y de deseo,—un descanso en la confianza de la amistad, una ceguera de dos, completa, sin interrogación ni intermitencia alguna, un sentimiento de placer alcanzado desde el primer momento en lo exterior, en lo cercano, en lo vecino, en todo aquello que tiene color, forma y apariencia. Quizá pudiérase frecuentemente reprocharme á este respecto no pocos «artificios», y algo también de falsa amonedación; por ejemplo, que tengo con cabal conocimiento y plena voluntad cerrados los ojos ante el ciego deseo que Schopenhauer siente por la moral desde una época en que ya tenía yo bastante clarividencia de ella; que me he engañado á mí mismo respecto al incurable romanticismo de Ricardo Wagner como si fuera un principio, no un fin; y pasá-

dome lo propio con relación á los griegos y á los alemanes y su porvenir; hasta podría presentármeme larga lista de semejantes observaciones. Pero aun suponiendo que todo esto fuera cierto y se me reprochase con derecho, ¿qué sabéis, qué podréis saber de lo que haya de astucia, de instinto de conservación, de razonamiento y de precaución superior en semejantes auto-engaños, y *de lo que necesito* todavía de falsedad para que pueda permitirme siempre, siempre, el lujo de mi verdad? Basta; vivo todavía; y la vida no es, después de todo, invención de la moral: *quiere* el engaño; *vive* del engaño. ¿Que no es así? ¡Vamos! ¿que ya vuelvo á comenzar, y hago lo que siempre hice, yo viejo immoralista, cazador de pájaros, y que hablo de modo immoral, extramoral, «por encima del bien y del mal»?

2. Por estas razones, en cierta ocasión *inventé* para mi uso, cuando de ello tuve necesidad, los «espíritus libres», á los que he dedicado este libro de aliento y desaliento á la vez, titulado *Humano, demasiado humano*; «espíritus libres» de este género no los hay ni los ha habido nunca; pero yo tenía entonces necesidad de su compañía, como he dicho, para conservar el buen humor entre mis malos humores (enfermedad, destierro, aislamiento, *acedia*, inactividad), y los creé á manera de compañeros fantásticos con los cuales se bromea y se charla y se ríe cuando se quiere charlar y reír, y se les envía al diablo cuando se hacen pesados en compensación de los amigos que faltan. Que *podrá* haber un día espíritus libres de este género; que nuestra Europa *tendrá* entre sus hijos de mañana y de pasado mañana algunos parecidos á mis alegres y osados compañeros, corporales y visibles, y no como en lo que á mí se refiere, á manera de esquemas y de

sombras que juegan para entretener á un anacoreta... sería yo el último en dudarle. Los veo desde ahora venir lenta, muy lentamente; ¿y no hago tal vez considerable esfuerzo por apresurar su venida cuando describo de antemano los auspicios bajo los que les veo nacer y los caminos por que les veo llegar?

Esperemos á que un espíritu, en el cual el tipo del espíritu libre deba madurar y hacerse sabroso hasta la perfección, haya corrido su aventura decisiva de un gran cambio de frente, cuando antes no había sido sino un espíritu siervo encadenado á su rincón y á su columna. ¿Cuál es el vínculo más sólido? ¿Qué lazos es casi imposible romper? Para ciertos hombres de especie rara y exquisita, serán los deberes: el respeto, tal como conviene á la juventud, la timidez y el enternecimiento en presencia de todo lo que es de antiguo venerado y digno, la gratitud al suelo en que ha vivido, á la mano que la ha guiado, al santuario en que aprendió la primera plegaria;—los momentos más importantes y trascendentales de su vida, son los que la encadenarán más duradera y sólidamente. La gran transformación llega para siervos de esta especie como un terremoto: el alma joven se siente en un sólo instante conmovida, desasida, arrancada de todo lo que antes amaba; ni aun se da cuenta de lo que le pasa. Extraña investigación, desconocida fuerza impulsiva, la dominan y se apoderan de ella, hasta imponérsele como una orden; se despierta el deseo, la voluntad de ir adelante, no importa á dónde, á toda costa; violenta y peligrosa curiosidad de un mundo no descubierto brilla y flamea en todos sus sentidos. «Antes morir que vivir aquí»—le dice la imperiosa voz de la seducción:—y este «aquí», este «en nuestra casa», ¡es todo lo que ha amado hasta esa hora!—Miedo,

desconfianza repentina de todo lo que amaba, relámpagos de desprecio por todo lo que para ella se llamaba el «deber», deseo sedicioso, voluntarioso, irresistible como un volcán de viajar, de alejamiento, de expatriación, de refrigerio, de salir de la embriaguez, de tornarse de hielo; odio para el amor; á veces un paso y una mirada sacrilega hacia atrás, hacia allá, hacia donde hasta entonces se había orado y amado; quizá una sensación de vergüenza por lo que se acaba de hacer, y un grito de alegría al mismo tiempo por haberlo hecho; angustia y embriaguez de placer en que se revela una victoria—¿una victoria? ¿sobre qué? ¿sobre quién?—victoria enigmática, problemática, sujeta á caución; pero que es, en fin, la primera victoria: he aquí los males y los dolores que componen la historia de la gran transformación. Al propio tiempo es una enfermedad que puede destruir al hombre esta explosión primera de fuerza y de voluntad para marcarse á sí mismo rumbos fijos, para estimarse á sí mismo, esta voluntad del libre querer: ¡y qué clase de enfermedad es y á qué grados alcanza, se descubre en las pruebas y actos de bizarría salvaje con que el liberto quiere, desde que lo es, probar su dominio sobre las cosas! Por seguir adelante en todos sentidos con insaciable avidez, lo que adquiere del botín debe pagar la peligrosa excitación de su orgullo; rasga, rompe, tira lo que se granjea. Con maligna sonrisa, revuelve todo lo que estaba velado ó no manifiesto por alguna causa de pudor: inquiere lo que las cosas parecen cuando se las pone del revés. Es todo caprichos y goza con sus caprichos, quizá si presta hoy favor á lo que ayer tenía en mal concepto; y así anda vagabundo, curioso y husmeador en torno de lo prohibido. En el fondo de sus agitaciones y des-

bordes—pues en su camino se encuentra inquieto y sin rumbo como en desierto,—se hace á sí mismo interrogaciones de curiosidad más y más peligrosas cada vez: «¿No pueden ponerse por el reverso todas las medallas?» «¿El bien no puede ser el mal?» «¿No puede ser Dios una invención y truhanada del demonio?» «Y si nosotros estamos engañados, ¿no somos por lo mismo engañadores?» Tales son los pensamientos que le guían y que le extravían: va siempre más adelante, siempre más lejos. La soledad le tiene encerrado entre su círculo y comprimido entre sus anillos, siempre más amenazadora, más sofocante, más punzante, esa terrible diosa y *mater saeva cupidinum...* ¿pero quién sabe hoy lo que es la soledad?

4. Desde este aislamiento enfermizo, del desierto de estos años de ensayos, es muy largo todavía el camino que hay que recorrer hasta llegar á esa inmensa seguridad y desbordante salud, que no puede prescindir de la enfermedad misma como medio y sistema de conocimiento á esa libertad *madurada* del espíritu, que es también dominio sobre sí mismo y disciplina del corazón que permite el acceso de múltiples y opuestas maneras de pensar; á ese estado interior, saturado y extenuado por el exceso de riquezas, que excluye el peligro de que el espíritu se pierda dentro de sus propias vías, por decirlo así, y se amartele en cualquier sitio y se apoltrone en cualquier rincón; á esa superabundancia de fuerzas plásticas, médicas, educadoras y reconstituyentes, que es precisamente la señal de la *gran* salud, superabundancia que da al espíritu libre el peligroso privilegio de vivir *á título de experiencia* y entregarse á las aventuras: el privilegio del magisterio del espíritu libre. De entonces á hoy, de allá hasta aquí, puede haber largos años de convalecencia, años llenos

de fases multicolores, mezcla de dolor y de encanto, dominados y refrenados por tenaz *voluntad de obtener la salud*, que ya se atreve frecuentemente á vestirse y disfrazarse como si estuviera del todo sana. Existe un estado intermedio que el hombre que tenga este sino, no podrá recordar más tarde sin emoción: halla en él algo como una luz, como el goce de un sol pálido y delicado, como el sentimiento de la libertad, del golpe de vista, de la petulancia del pajarillo, algo como una combinación en que la codicia (con compasivo menosprecio), están amalgamados. «Espíritu libre»: estas frías palabras hacen gran beneficio en este estado, casi hasta reconfortarse. Se vive sin estar ya entre los lazos del amor ni del odio, sin *sí* y sin *no*, cerca ó lejos, voluntariamente, gozándose sobre todo en escaparse, en evadirse, en tender el vuelo, tan pronto huyendo como remontándose por el aire; se encuentra uno en ese estado, como el hombre que ha visto *debajo de él* inmensa multiplicidad de objetos, y viene á ser lo contrario de aquellos que se preocupan enteramente de las cosas que ni les atañen siquiera. Efectivamente, lo que el espíritu libre contempla en lo sucesivo son solamente cosas—¡y cuántas cosas!—que no le preocupan ya.

5. Todavía un paso adelante en la curación: el espíritu libre vuelve á acercarse á la vida, lentamente, casi á su pesar, casi con desconfianza. Todo en torno de él parece que se hiciera más cálido, más dorado, por decirlo así; sus sentimientos y simpatías adquieren profundidad, brisas tibias de todas clases sienten que pasan delante de él. Se encuentra en cierto modo como si sus ojos se abrieran por primera vez para apreciar *las cosas próximas*. Está maravillado y se recoge en sí mismo, *silencioso*: ¿dónde estaba,

pues? Todas estas cosas próximas y contiguas, ¡qué cambiadas se le presentan! ¡Qué encantos revisten para él ahora! Dirige á su pasado una mirada de reconocimiento por sus viajes, por su fortaleza y enajenación de sí mismo, por sus miradas hacia lo lejano y sus vuelos de páginas á las alturas frías. ¡Cuán grande es su dicha por no haber permanecido «en el terruño», siempre en casa, como un afeminado, como un perezoso! ¡Qué sensación no experimentada hasta entonces! ¡Qué felicidad aun en la lasitud, en la antigua enfermedad, en las recaídas del convaleciente! ¡Cómo se complace en permanecer tranquilo con su mal, en ejercitar la paciencia, en acostarse al sol! ¿Quién comprende como él la dicha que hay en el invierno, en ver las manchas que el sol deja en la muralla? Son los animales más reconocidos del mundo y los más modestos, los convalecientes, esos salamandras, vueltos á medias á la vida:—hay entre ellos algunos que no dejan pasar un día sin colgar bajo su hábito talar una pequeña copla lisonjera. Y para hablar seriamente: es una *curación* radical contra todo pesimismo (cáncer, como se sabe, de los viejos idealistas y héroes de la mentira) caer enfermo á la manera de los espíritus libres, prolongarse la enfermedad un buen espacio de tiempo y después lenta, muy lentamente, ponerse bueno, ó mejor recobrar la completa salud. Hay ciencia, ciencia de vivir, en no administrarse uno á sí mismo la salud sino en pequeña dosis.

6. Por entonces puede acontecer que, entre las repentinas vislumbres de salud todavía incompleta, todavía sujeta á variaciones, comience á los ojos del espíritu libre, más y más libre cada vez, á descubrirse el enigma de esa gran transformación total, de ese cambio de frente, que hasta entonces había perma-

necido oscuro, problemático, casi intangible en su memoria. Cuando durante mucho tiempo apenas si se atrevía á preguntarse: ¿Por qué me hallo tan apartado de todo?, ¿por qué tan solo?, ¿por qué esta dureza, esta desconfianza, este odio á mis propias virtudes?, ¿por qué renunciar á todo lo que respetaba y hasta á ese mismo respeto? Ahora se atreve á hacerlo descaradamente, propone la cuestión en alta voz y oye ya algo semejante á una respuesta, que le dice: «Necesitabas hacerte dueño de tí mismo, dueño también de tus propias virtudes. Antes ellas eran tus señoras; pero ya no tienen derecho para ser más que tus instrumentos al lado de otros instrumentos». Necesitabas enseñorearte de tu pro y tu contra, y aprender el arte de tomarlos ó dejarlos, de aprovecharlos ó no, según tu fin del momento. Necesitabas llegar al conocimiento de los elementos de perspectiva de toda apreciación:—la deformación, la distorsión, la aparente teología de los horizontes y todo lo que concierne á la perspectiva; y más todavía de la indiferencia que es indispensable para apreciar con cabal criterio valores opuestos y las pérdidas intelectuales con que se hace pagar todo *pro* y todo *contra*. Necesitabas aprender á escoger lo que hay de *injusticia necesaria* en todo pro y contra: la injusticia como inseparable de la vida, la vida misma como *acondicionada* por la perspectiva y su injusticia. Necesitabas, antes que todo, ver con tus propios ojos en dónde existe mayor injusticia; esto es, allí donde la vida tiene desenvolvimiento más mezquino, más estrecho, más pobre, más rudimentario, y donde, por lo tanto, la vida no puede hacer otra cosa que *tomarse á sí misma* como fin y medida de las cosas, analizando furtiva, menuda, asiduamente, por amor á su conservación, lo que hay de más noble, grande y rico. Nece-

sitabas ver con tus propios ojos *el problema de la jerarquía*, y la protección en que la potencia y la justicia y la extensión crecen juntas á medida que te levantas. «Necesitabas»;—pero basta;—el espíritu libre sabe á qué «NECESIDAD» ha obedecido, y cuáles son ahora *su poder y su derecho...*»

7. De esta manera el espíritu libre se da respuesta exacta, al estudiar el enigma de su cambio de frente, y acaba generalizando, decidiéndose *en tal sentido*, para lo cual toma por base lo que se ha producido en su vida. Lo que me ha sucedido, dice, debe suceder á todo hombre que *tenga una misión* la cual haya de «presentarse». La potencia y la necesidad secreta de esta misión trabajarán en sus destinos individuales y debajo de ellos, á manera de una preñez inconsciente, durante mucho tiempo, aun antes de que se haya dado cuenta de esa misión y de conocer siquiera su nombre. Nuestra vocación se enseñoorea de nosotros, aun cuando no la conozcamos todavía: es el porvenir quien señala las reglas de conducta á nuestro hoy. *Es el problema de la jerarquía* el que nos da, pues, el derecho á hablar, porque es *nuestro problema*, el problema de los espíritus libres: hoy, en el cenit de nuestra vida, comenzamos á comprender qué preparativos, qué rodeos, pruebas y ensayos tuvimos que hacer y cuántas desilusiones que soportar para llegar al planteo del problema, antes de que se *atrevisese* á presentarse delante de nosotros, y cuántas horas de desgracia, múltiples y contradictorias, debieron sufrir antes nuestro cuerpo y nuestra alma, siendo como éramos aventureros, circunnavegantes de este mundo interior que se llama *hombre*, agrimensores de todo *lo más elevado y relativamente superior* que también se llama *hombre*, yendo adelante en todas direcciones, casi sin te-

mor, burlándose de todo, sin perder nada, probando de todo, purificándolo todo, y, por decirlo así, pasándolo todo por un cedazo para echar fuera lo accidental, hasta adquirir el derecho de exclamar, como espíritus libres que somos: «*¡He aquí un problema nuevo!* ¡He aquí una gran escala, cuyos peldaños hemos ocupado y subido, peldaños que también hemos sido alguna vez! ¡He aquí un algo *más alto, más profundo, más por debajo* de nosotros! ¡He aquí una gradación inmensa, una jerarquía que *nosotros vemos!* ¡Hé aquí nuestro problema!»

8. No habrá psicólogo ni agorero á quien se oculte, ni por un momento siquiera, á qué grado de la evolución que acabo de describir corresponde el presente libro (ó en qué grado *ha sido colocado*). Pero ¿en dónde existen hoy los sociólogos? En Francia, desde luego, quizá en Rusia; pero no en Alemania. No faltan razones para que los alemanes modernos hagan de ello un título honorífico; tanto peor, por consiguiente, para el hombre, cuya naturaleza y vocación son en este respecto antialemanes. Este libro alemán que ha sabido encontrar lectores en su círculo extenso de comarcas y de pueblos, desde hace cerca de diez años, y que debe ser hábil en alguna clase de música, aunque sea la de sonar la flauta, puesto que se necesita del arte musical, y muy mucho para cautivar, aun los oídos ásperos de los extranjeros, es en la misma Alemania donde ha sido más detenidamente leído y peor comprendido. ¿De qué depende esto?—«Exige demasiado, se me ha respondido; está escrito para hombres ya libertados de los deberes groseros, busca inteligencias finas y delicadas, necesita del lujo, del lujo en la comodidad, en la pureza del cielo y del corazón, en el *otium*, en su sentido más atrevido:—cosas muy bue-

nas todas, que nosotros los alemanes de hoy no tenemos, y que, por lo tanto, tampoco podemos darlas.»— Ante respuesta tan preciosa, mi filosofía me aconseja callarme, y no llevar más lejos mis cuestiones, mis argumentaciones; sobre todo, porque en ciertos casos, como dice el proverbio, *no es uno filósofo sino guardando silencio.*

Niza, en la primavera de 1886.

CAPITULO PRIMERO

De las primeras y últimas cosas.

1. *Química de las ideas y de los sentimientos.*— Los problemas filosóficos revisten hoy, casi bajo todos los respectos, las mismas formas que hace dos mil años: ¿cómo puede nacer una cosa de su contraria; por ejemplo, lo razonable de lo irracional, lo sensible de lo muerto, la lógica del ilogismo, la contemplación desinteresada del deseo avaro, el altruismo del egoísmo, la verdad del error? La filosofía metafísica, para vencer esta dificultad, se ha valido hasta hoy de la negación de que una cosa naciera de otra, y aceptado para las de alto valer un origen milagroso: la separación del núcleo y la de la esencia de la «cosa en sí». La filosofía histórica, el más reciente de los sistemas filosóficos, que no puede concebirse separado de la ciencia natural, descubre casos particulares y verosíblemente derivará de ellos esta conclusión primordial: que no existen cosas contrarias, sino en la exageración habitual de la concepción popular ó metafísica, y que la base de esta pregonada oposición consiste en un error de raciocinio. Conforme á sus explicaciones no hay, en sentido estricto, ni conducta no egoísta, ni contemplación enteramente desinteresada; ambas no son sino sublimaciones, en que el elemento fundamental